

CAPITULO V.

MANSION EN TEBAS. EPAMINONDAS. FILIPO DE MACEDONIA.

En la relacion de otro viage que hice á Beocia, hablaré de la ciudad de Tebas y de las costumbres de los Tebanos; pues en este me llevó toda la atencion Epaminondas.

Timágenes me presentó á él, quien conociendo mucho al sabio Anacarsis, no podia dejar de reparar en mi nombre; y no menos llamó su atencion el motivo que me traia á la Grecia. Hízome algunas preguntas acerca de los Escitas; pero tan sobrecogido estaba yo de respeto y ad-

miracion, que titubeaba en mis respuestas. Notó Epaminondas, y volvió la conversacion sobre la expedicion del joven Ciro, y la retirada de los diez mil; despues de lo cual nos rogó que le viésemos á menudo. Nosotros fuimos á verle todos los dias, y presenciarnos las pláticas que tenia con los tebanos mas ilustrados y los oficiales mas hábiles. Aunque habia enriquecido su mente con todo género de conocimientos, gustaba mas de escuchar que hablar. Sus reflexiones eran siempre justas y profundas. En las ocasiones de gravedad, cuando se trataba de defenderse, usaba de respuestas prontas, nerviosas y concisas. Le interesaba infinito la conversacion cuando recaia sobre materias filosóficas ó politicas.

Me acuerdo con cierto placer mezclado de orgullo, de haber vivido familiarmente con el mayor hombre que quizá ha producido la Grecia. ¿Y por qué no se concederá este título al general que perfeccionó el arte de la guerra; que eclipsó la gloria de los generales mas célebres, y jamas fué vencido sino por la fortuna; al politico que dió á los Tebanos la superioridad que nunca habian tenido, y perdieron en su muerte; al negociador que siempre tomó en las dietas un ascendiente sobre los demas diputados de la Grecia, y supo mantener en la alianza de Tebas, su patria, á las naciones zelosas del engrande-

cimiento de esta nueva potencia; al que fué tan elocuente como la mayor parte de los oradores de Atenas, tan amante de su patria como Leonidas, y acaso mas justo que el mismo Aristides?

El retrato fiel de su espíritu y de su corazón sería el único panegírico digno de él; pero ¿quién podría explicar aquella filosofía sublime que ilustraba y dirigía sus acciones; aquel ingenio tan lleno de luces, tan fecundo en recursos; aquellos planes concertados con tanta prudencia, y ejecutados con tanta rapidez? ¿Cómo representar también aquella igualdad de alma, aquella integridad de costumbres*, aquella dignidad en su aspecto y sus modales, su atención y cuidado en respetar la verdad aun en las cosas mas mínimas, su condescendencia, su bondad, la paciencia con que sufrió las injusticias del pueblo y de algunos de sus amigos?

En una vida en que el hombre privado no es menos admirable que el hombre público, bastará tomar como al acaso algunos rasgos que servirán para caracterizar el uno y el otro. En el

* Clearco de Solos, citado por Ateneo, refiere un hecho, que puede hacer sospechosa la pureza de costumbres de Epaminondas; pero este hecho apenas indicado, sería contrario á los testimonios de toda la antigüedad, y de ningún modo podría conciliarse con los principios severos, de que no se separó este hombre grande, ni aun en las circunstancias mas críticas.

primer capítulo de esta obra he referido ya sus principales hazañas.

Su casa era mas bien el santuario que el asilo de la pobreza, la cual reinaba en ella con la alegría pura de la inocencia, con la paz inalterable de la felicidad, en medio de otras virtudes á las cuales daba nuevas fuerzas, y la adornaban con su esplendor: reinaba en ella hasta tal punto, que parece increíble. Hallándose Epaminondas próximo á hacer una irrupción en el Peloponeso, se vió precisado á trabajar en su equipage. Tomó prestadas cincuenta dracmas*, y esto era poco mas ó menos en el tiempo en que indignado no quiso admitir cincuenta piezas de oro que se atrevió á ofrecerle un príncipe de Tesalia. En vano intentaron algunos tebanos partir con él sus bienes: él les hacía participar del honor de aliviar á los infelices.

Un día le hallamos en compañía de sus amigos, que él habia juntado, y les decía: «Esfodrias tiene una hija en edad de tomar estado; pero es tan pobre que no puede dotarla; y así he dispuesto que cada uno de vosotros contribuya en proporcion. A cada uno de vosotros os he puesto una tasa proporcionada á vuestros haberes. Tengo precisión de permanecer algunos días en mi casa; pero á mi salida pri-

* Cuarenta y cinco libras: (167 rs. vn.).

«mera yo os presentaré este honrado ciudano; pues es justo que reciba de vosotros este beneficio, y que conozca á los que se le hacen.» Todos se conformaron con lo que proponia, y se despidieron dándole gracias por su confianza. Inquieto Timágenes al oírle el intento de no salir de su casa, le preguntó el motivo, á lo que respondió sencillamente: «tengo que hacer lavar mi manto.» En efecto, no tenia mas que uno.

Poco despues entró Micito, que era un joven á quien Epaminondas queria mucho, y le dijo: «Diomedon de Cizico ha llegado, y se ha dirigido á mí para que os le presente. Viene á haceros propuestas de parte del rey de Persia, quien le ha encargado entregaros una suma considerable, y aun á mí me ha hecho tomar cinco talentos. — Hacedle entrar, respondió Epaminondas; y venido que hubo, le dijo: oid, Diomedon: si las miras de Artaxerxes son conformes á los intereses de mi patria, no necesito regalos; si no lo son, todo el oro del mundo no me hará faltar á mi obligacion. Habéis pensado de mi corazon por el vuestro: os lo perdono; pero salid cuanto antes de esta ciudad, para que no corrompáis á sus habitantes. Y vos, Micito, si no volveis al momento el dinero que habeis recibido, os voy á entregar al magistrado.» Nosotros nos habiamos separado

durante esta conversacion, y poco despues nos la refirió Micito.

Mas de una vez habia dado Epaminondas á los que le rodeaban la leccion que Micito acababa de recibir. Estando mandando el ejército, supo que su escudero habia vendido la libertad de un cautivo. « Dame mi escudo, le dijo; pues no eres para seguirme en los peligros despues de haber mancillado tus manos con el dinero.»

Celoso discípulo de Pitágoras, imitaba su frugalidad. Absteniase del uso del vino, y muchas veces no se alimentaba sino con un poco de miel. La música que aprendió con los mejores maestros, le divertia algunas veces en sus ocios. Tocaba excelentemente la flauta; y cuando se lo suplicaban en los convites, cantaba á su vez acompañándose con la lira.

Cuanto mas familiar era en la sociedad, tanto mas era severo cuando se trataba de mantener el decoro de cada estado. Estaba preso un hombre de la hez del pueblo, y de conducta escandalosa. «¿ Por qué, dijo Pelópidas á su amigo, por qué me habeis negado á mí su perdon, para concedérselo á una cortesana? — Porque no era decente á un hombre cual vos interceder por un hombre como él, respondió Epaminondas.»

Jamas pretendió ni desechó los cargos públi-

cos : mas de una vez sirvió como simple soldado al mando de generales inexpertos, preferidos á él por intriga : mas de una vez las tropas sitiadas en su campamento , y reducidas á los mas terribles extremos , imploraron su auxilio. Entonces dirigia él las operaciones , rechazaba al enemigo , y volvía tranquilamente el ejército á sus hogares , sin acordarse de la injusticia de su patria , ni del servicio que acababa de hacer.

No perdía circunstancia alguna para hacer revivir el valor de su nacion , y hacerla temible á los demas pueblos. Antes de su primera campaña del Peloponeso , empeñó á algunos tebanos á que luchasen con los lacedemonios que se hallaban en Tebas ; y como tuvieron ventaja los primeros , desde entonces empezaron sus soldados á no temer los Lacedemonios. Estando acampado en Arcadia , en el invierno , los diputados de una ciudad inmediata vinieron á proponerle que entrase en ella , y se acuartelase allí. « No ; dijo Epaminondas á sus oficiales , « si nos ven sentados á la lumbre , nos tendrán « por hombres comunes. Permaneceremos aquí « á pesar de lo rígido de la estacion ; y al ver « nuestras luchas y ejercicios se quedarán ató-
« nitos. »

Daifanto é Iólidas , dos oficiales generales que habian merecido su aprecio , decian un dia á Timágenes : mucho mas le admiraríais si le hu-

bierais seguido en sus expediciones ; si hubierais estudiado sus marchas , sus campamentos , sus disposiciones antes de la batalla , su valor brillante y su presencia de ánimo en la accion ; si le hubierais visto siempre activo , siempre tranquilo penetrar de una mirada los proyectos del enemigo , inspirarle una seguridad funesta , multiplicar en torno de él las celadas casi inevitables , mantener al mismo tiempo en su ejército la disciplina mas severa , despertar el ardor de los soldados por medios imprevistos , ocuparse continuamente en su conservacion , y sobre todo en su honor.

Con tan afectuosas atenciones se ha grangeado el amor de sus soldados. Cansados y acosados del hambre , siempre están dispuestos á cumplir sus órdenes , y á precipitarse en el peligro. Esos terrores pánicos , tan comunes en otros ejércitos , son desconocidos en el suyo. Cuando están á punto de introducirse , sabe disiparlos con una palabra , ó convertirlos en su favor. Hallándonos para entrar en el Peloponeso , vino el ejército enemigo á poner su campo delante de nosotros. Mientras Epaminondas examinaba su posicion , un trueno difundió el terror entre los soldados : el adivino dijo que se suspendiese la marcha : preguntan con espanto al general ¿ qué anunciaba semejante presagio ? « Que el enemigo ha « escogido un mal campo , » exclamó con con-

fianza. Con esto cobraron valor las tropas, y á la mañana siguiente forzaron el paso.

Los dos oficiales tebanos contaron otros lances que omito, y dejando de referir otros que yo vi, añadiré solamente una reflexion.

Epaminondas sin ambicion, sin vanidad y sin interes, elevó en poco tiempo su nacion al punto de grandeza en que hemos visto á los Tebanos. Obró este prodigio el ascendiente de sus virtudes y talentos; al mismo tiempo que dominaba los ánimos por la superioridad de su ingenio y conocimientos, disponia á su arbitrio de las pasiones de los demas, porque era dueño de las suyas. Pero lo que mas aceleró el buen éxito, fué la entereza de su caracter. Su alma independiente y altiva, se indignó muy temprano contra la dominacion que los Lacedemonios y Atenieses habian tenido sobre los Griegos en general, y sobre los Tebanos en particular. Les juró un odio, que hubiera tenido encerrado en su pecho; pero desde que la patria le confió el cuidado de su venganza, quebrantó las cadenas de las naciones, y se hizo conquistador por obligacion. Formó el proyecto tan atrevido como nuevo de atacar á los Lacedemonios hasta en el centro mismo de su imperio, y de despojarlos de aquella superioridad de que habian gozado por tantos siglos: le siguió con teson á pesar de su poder, de su gloria, de sus aliados, y de sus

enemigos, que miraban con recelo los rápidos progresos de los Tebanos.

Tampoco le detuvo la oposicion de un partido formado en Tebas, el cual queria la paz, porque Epaminondas queria la guerra. Menéclides estaba al frente de esta faccion: su elocuencia, sus dignidades y la aficion que la mayor parte de los hombres tienen al reposo, le daban una grande reputacion en el pueblo; pero la firmeza de Epaminondas destruyó por fin estos obstáculos, y todo estaba dispuesto para la campaña, cuando nosotros nos separamos de él. Si la muerte no hubiera puesto fin á sus dias en medio de un triunfo, que dejó á los Lacedemonios sin recursos, él hubiera pedido á los Atenieses razon de las victorias que habian logrado de los Griegos, y enriquecido, como decia él mismo, la ciudadela de Tebas, con los monumentos que adornan la de Atenas.

Tuvimos muchas veces ocasion de ver á Polimnis, padre de Epaminondas. Movian menos á este anciano venerable los homenajes tributados á sus virtudes, que los honores decretados á su hijo. Nos recordó mas de una vez aquel tierno sentimiento que dejó ver Epaminondas despues de la batalla de Leuctres, entré los aplausos del ejército: «lo que mas me lisonjea es, que todavía viven mis padres, y gozarán de mi gloria.»

Habian encargado los Tebanos á Polimnis que velase sobre el joven Filipo, hermano de Perdicas, rey de Macedonia. Habiendo Pelópidas pacificado las turbulencias de este reino, recibió en rehenes á este príncipe, y otros treinta jóvenes nobles de Macedonia. Filipo, de edad de cerca de diez y ocho años, reunia ya el talento al deseo de agradar. Al verle se admiraba su hermosura; y al oírle, su ingenio, su memoria, su elocuencia, y las gracias que daban tantos encantos á sus palabras. Su buen humor dejaba escapar algunas veces ciertos chistes, que jamas ofendian. Benigno, afable, generoso, y pronto á discernir el mérito, ninguno conoció mejor que él el arte y la necesidad de insinuarse en los corazones. El pitagórico Nausitoo, su maestro, le habia inspirado aficion á las letras, la que conservó toda la vida, y dado lecciones de sobriedad, que olvidó luego. El amor del placer se descubria en medio de tan excelentes calidades; pero no impedía el ejercicio de ellas, y de antemano se presumia, que si este joven príncipe ascendia al trono algun dia, no le dominarian ni los negocios, ni los placeres.

Filipo estaba de continuo al lado de Epaminondas: estudiaba en el genio de un hombre grande el secreto de serlo algun dia: recogia con ahinco sus discursos como sus ejemplos; y

en esta excelente escuela aprendió á moderarse, á oír la verdad, á retractar sus errores, á conocer á los Griegos, y á sujetarlos.

CAPITULO VI.

